

LAS PALABRAS HERIDAS

JORDI SIERRA I FABRA

 Siruela

Las Tres Edades

*Before I die I'll write this letter
Here are the secrets you must know
Until the cloak of evening shadow
Changes to mantle of the dawn...*

Antes de morir voy a escribir esta carta
aquí están los secretos que debes saber
hasta que el manto de la sombra nocturna
se transforme en la capa del alba...

«Strictly confidential»,
Estrictamente confidencial,
BRYAN FERRY, Roxy Music, 1973

A

1

La nieve era blanca.

Parecía lo más normal.

Pero ¿cuánto llevaba sin ver nieve blanca?

Era como si ya cayese sucia del cielo.

Sucia por las pisadas de las botas, por el silencio, el miedo y la desolación. Sucia porque era como si los propios pensamientos de unos y otros, soldados y prisioneros, la contaminaran. Sucia porque en el aire flotaba la misma niebla, gris y opaca, que se les metía en el cuerpo y les anulaba los sentimientos.

Sentimientos, allí.

Li Huan se detuvo frente al barracón.

Sí, la nieve que lo rodeaba era blanca.

Impoluta.

Una extraña sensación.

Como si aquello fuese una isla.

Estaba cansado, había sido un viaje largo. Cuanto antes terminara con los prolegómenos y la burocracia, me-

jor. Aun así, permaneció quieto unos segundos, con la puerta a menos de cinco pasos. La puerta tras la cual se adivinaba un cierto calor, porque de la chimenea salía una columna de humo oscuro que se elevaba directa hacia el cielo.

No había viento.

Nada.

Solo el silencio.

Li Huan enderezó la espalda, estiró su maltrecho uniforme, se caló bien la gorra. En el cuartel del que procedía, un simple botón mal abrochado representaba gritos, un castigo, una cruz en el expediente militar. Claro que allí, tan lejos de ninguna parte, en un campo de prisioneros políticos, tal vez las cosas fueran distintas.

Se miró las botas embarradas.

Imposibles de limpiar.

Pese a ello, hizo lo que pudo con la mano izquierda.

Cinco pasos.

Dio el primero, y con el último abrió la puerta de madera.

Al otro lado, un soldado, como él, levantó la cabeza. Estaba sentado detrás de una mesa llena de papeles y parecía muy concentrado en ellos. Su cara no cambió de expresión. Siguió siendo hierática. Tendría tres o cuatro años más y debía llevar mucho tiempo haciendo lo mismo. La piel era tan blanca como la nieve que rodeaba el barracón.

Li Huan pensó que, probablemente, el sol nunca iluminara aquel rincón sombrío de la tierra.

—Cierra la puerta —le espetó el soldado al ver que se detenía más de la cuenta en el umbral.

Le obedeció.

El frío quedó en el exterior.

—¿Eres el nuevo? —volvió a hablar el soldado.

—Sí.

—Papeles.

—Oh, claro.

Los sacó del bolsillo derecho del uniforme y se los entregó. El examen fue rápido. Tampoco le tocaba a él darle la bienvenida. Eso le correspondía al oficial al mando. El soldado acabó poniéndose en pie.

—Espera.

—Sí —asintió.

La siguiente puerta estaba a espaldas de su anfitrión. Le vio desaparecer tras ella y se quedó solo.

Li Huan miró a su alrededor.

Nada.

Pragmatismo puro.

Algunos estantes, un mapa de la zona, ningún libro. La chimenea debía de estar en el despacho del oficial. La sensación de desaliento acabó impregnándole más y más, como consumación de su largo viaje.

Qué lejos estaba la capital.

Su mundo.

Su casa.

Por su cabeza revolotearon las voces.

—Cuanto más lejos llegues, más mundo conocerás —le había dicho su padre.

—Cumplirás una misión sagrada. Hay muchas formas de servir a la patria —le había dicho su madre.

—Haz bien tu trabajo y volverás —le habían dicho los amigos.

—¡Qué suerte tienes! —le había dicho su hermano pequeño—. ¡No harás sino vigilar a unos desgraciados, lejos de cualquier problema!

¿Suerte? ¿Allí?

¡Suerte la de él, que por ser el segundo se quedaba a cuidar de sus padres, escapando de la obligación del servicio militar que le correspondía al hijo mayor!

Tardaría no menos de tres años en regresar a casa.

Para entonces quizá Shi Lin estaría ya prometida o casada con otro.

Li Huan volvió a sentir aquel dolor.

Aquella frustración.

Recuperó el semblante serio al volver a abrirse la puerta. Si alguien interpretaba sus pensamientos, veía un resquicio o leía en sus ojos, acabaría allí mismo, pero preso. Cualquier duda equivalía a una sentencia. No podía cundir el desánimo ni el desaliento entre la tropa. Servían al líder. Servían al Partido. Servían a una idea. Defendían su libertad frente a la opresión caduca y ruin del decadente Occidente. Esa era su fuerza.

—Te recibirá ahora mismo —le dijo el soldado.

—Bien.

El otro no se sentó. Dio un par de pasos, se apoyó en la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué tal va todo por ahí fuera? —preguntó de manera más amigable.

—Como siempre. —Li Huan se encogió de hombros.

—¿Como siempre?

—Sí. —Repitió el gesto—. Todo está muy tranquilo.

—Aquí no llegan muchas noticias, ¿sabes?

—Lo imagino.

—Ya te acostumbrarás.

—Supongo.

La voz del superior llegó hasta ellos con fuerza. El soldado se apartó de la mesa y le dejó paso.

—Le gusta controlarlo todo personalmente —dijo.

—Gracias.

Li Huan cruzó el segundo umbral.

—Entra —ordenó el oficial al mando.

No levantó la cabeza para mirarle. Siguió escribiendo algo en un cuaderno. Li Huan cubrió la breve distancia, tres pasos, y se cuadró. El oficial llevaba galones de capitán, así que allí la máxima autoridad tenía un rango inferior a comandante.

Una prueba más de lo lejos que estaban de todo.

El fuego rugía en la estufa. Unos troncos de madera se apilaban junto a ella. Por detrás del hombre, presidiendo la estancia y sus vidas, un enorme retrato del líder, el Gran Padre, con su mirada seria y penetrante. La leyenda decía que algunos incluso habían muerto al estar en su presencia o al mirarle directamente a los ojos.

Nadie se atrevía a negarlo. Para algo eran leyendas.

Cuando acabó de escribir, el oficial levantó por fin la cabeza y hundió en él sus acerados ojos.

Los papeles que acababa de entregarle al soldado de la entrada estaban allí, a un lado.

No hizo falta que los leyera de nuevo.

—Li Huan.

—Sí, mi capitán.

—Dieciocho años.

—Sí, mi capitán.

—Sabes leer y escribir mucho más allá de la evaluación media.

—Sí, mi capitán.

El oficial se reclinó en su silla. Unió las dos manos frente a sí mismo y las apoyó en la mesa. Seguía muy serio.

—Deja de llamarme capitán, ¿quieres? —Su tono rezumaba fastidio—. Tengo dolor de cabeza. —Hizo una pausa—. Llámame camarada, o mejor solo asiente.

Li Huan hizo esto último.

—Ahí dice que eres listo. —Señaló el expediente—. Y que eras un buen estudiante.

—Sí, camarada.

—¿Qué pretendías con eso?

—Quería ser escritor. —Fue sincero, porque mentir significaba una traición al Sistema—. No era más que un niño, claro. Fue antes de la Revolución. Por suerte tuve buenos maestros y me di cuenta de mi temeridad. Eso me hizo reflexionar. Se sirve con la fe ciega, no con las ideas o las palabras.

El capitán fue ahora el que asintió con la cabeza.

—Nos vendrás bien aquí —dijo—. Son nuevos tiempos, nuevas directrices, y se necesitan nuevos empujes para llevarlas a cabo. Por eso te han mandado a este campo.

—Sí, cap... camarada.

—¿Sabes qué clase de prisioneros tenemos aquí?

—Políticos.

—No. —Chasqueó la lengua—. Es algo más que eso. Mucho peor. —Volvió a aproximarse a la mesa y se acomodó en ella, sin apartar los ojos del recién llegado—. Aquí tenemos a la escoria, al cáncer de nuestra sociedad. Los disidentes políticos son los peores, Li Huan. Un traidor es un traidor, un enemigo. Pero un disidente, un intelectual, que dice amar a la patria pero niega el orden, el Sistema, el Estado popular, las directrices del Partido y de nuestro Gran Padre... —Arrastraba las palabras con asco—. Este no es un campo de prisioneros normal. Tenemos a lo peor de nosotros mismos, de nuestro pueblo. Podríamos matarlos, y eso sería lo más sencillo. Muerto el perro, muerta la rabia. Sin embargo, no somos bestias. Esa es la magnanimidad de nuestro líder. Aquí intenta-

mos que juzguen su mal por sí mismos, con la esperanza de una reeducación ejemplar. A la mayoría les bastaría una palabra, pero no la pronuncian. Prefieren morir. Son obstinados. Nuestra misión, pues, no es fácil. Pero el Gran Padre confía en nosotros. Por cada uno que se salva, ganamos todos. ¿Entiendes lo que estoy diciéndote, Li Huan?

—Sí, camarada.

El capitán le apuntó con un dedo.

—No hables con ellos. Eso lo hacen los reeducadores. Ten mucho cuidado: te envenenan con las palabras y te confunden con las ideas. Va a haber cambios, de los que te informaré oportunamente. De momento haz tu trabajo y sirve a tu patria. Es un honor del que pocos pueden presumir.

Li Huan asintió.

El oficial también lo hizo.

Fin del primer encuentro.

—Preséntate al sargento de guardia. Él te dará instrucciones.

—Gracias, capitán. —Se cuadró de nuevo—. Serviré con lealtad al máximo de mis capacidades.

Su superior correspondió al saludo.

Un minuto después, caminando sobre la nieve, Li Huan pensó que todo había ido mejor de lo esperado.

A fin de cuentas, aunque «se esperaba algo de él y por eso lo habían mandado allí», no era más que un soldado.

¿O no?